

## ENCUENTROS EN VERINES 2003

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

### EN UN BARRIL DE MANZANAS

Xabier P. Docampo

Ya hace un tiempo que un muy reconocido escritor, colmado de premios y distinciones y militante de la izquierda española, me preguntó por qué escribía en gallego. No mucho después otro escritor premiado, pero este ya de más dudoso prestigio, me interrogó sobre cuándo llegaría el día en que abandonarí yo la Literatura Infantil y Juvenil para escribir una obra seria, para adultos. Estas dos anécdotas serían suficientes para justificar que mi reflexión sobre la LIJ fuese una letanía de lamentos sobre la incomprensión y la invisibilidad, pero no voy a hacer tal, ya hace mucho tiempo que estas cosas no me afectan en lo personal, aunque sigo rechazando las ideas que las inspiran.

Por eso prefiero invitaros a la reflexión sobre el tipo de obra que con mayor frecuencia se está dando en al LIJ actual para, desde ahí, identificar con la mayor claridad posible el camino por dónde debemos orientar el futuro de la LIJ.

En mi opinión esa obra tipo continúa portando un discurso narrativo cerrado, en el cual cada acontecimiento, cada personaje, cada situación habrá de resolverse en sí misma. Contiene todas las respuestas a todas las preguntas que el texto plantea o que el lector se pueda plantear durante o después de la lectura.

Es un discurso en el que se prefieren los sucesos poco significativos ante el peligro de que no puedan ser resueltos en el discurrir de la historia. Donde los personajes pasan a través de las peripecias de la trama, sin que ésta produzca cambios en su carne de persona, y en las contadas ocasiones en que existen, habrán de quedar muy evidentemente explicados y justificados.

Se hace de la literatura algo demostrativo, concluyente, denotativo en la cual ya no tiene ningún papel el lector porque no cabe la interrogación. Es una literatura que se dirige a un público, nunca a una individualidad, a alguien que tiene la opción de aplaudir o de rechazar, pero no de intervenir. Una infraliteratura que tiende a acercarse al espectáculo a medida que se distancia de la literatura.

La LIJ ya no se encuentra en situación de dar respuestas si creemos en su futuro. Ya no puede ser una literatura que tenga como objetivo la propuesta directa de conductas.

Hoy nos tenemos que exigir el deber de plantear modelos que lleven al lector a la reflexión y a la crítica.

Es ciertamente inevitable que toda obra literaria sea una propuesta moral, porque es una cosmovisión; un ente de realidad creado por un individuo, por tanto llevará unido un punto de vista desde el que contemplar al ser humano y eso es siempre una posición moral.

Pero lo que diferencia esta propuesta del didactismo es la ausencia de intención moral a priori, aquélla nace de la historia y no la historia de la posición moral del autor.

De esta manera la obra se abre a la interpretación y a la reflexión, con lo cual se hace experiencia literaria compartida por autor y lector.

Yo he aceptado sin reservas y con mi entrega absoluta, la identificación que Pep Albanell hizo en su momento, de la LIJ como un género literario y, por tanto, se habrá de sujetar a unas leyes y convencionalismos que el autor ha de conocer y dominar. De todas las leyes, la más importante es aquélla que nos dice que la LIJ es el único ejercicio literario cuyo punto de partida incluye necesariamente la toma en consideración de un destinatario cuyas características esenciales se conocen o se creen conocer. Añadamos a esto que la literatura no es un reflejo de la realidad, permitidme esta afirmación obvia, sino que es una realidad en si misma que nace como tal en el momento de ser compartida, pero un lector infantil y un autor adulto no tienen experiencias vitales comunes en el momento de compartir la obra., existe entre ellos una ancha frontera cronológica que lo impide, pero en la obra literaria sí se puede crear un campo, un escenario para la ósmosis de experiencias.

Eso tan repetido, y a veces denostado, de que los escritores, en primer lugar, escribimos para nosotros mismos, tiene que hacerse realidad en la LIJ del próximo futuro si es que queremos sacarla del círculo repetitivo en el que se encuentra ahora girando sin sentido. La escritura es una lectura que el escritor hace de sí mismo, no algo ajeno, distante que sólo tiene sentido en el lector, cuando lo tiene. No podemos seguir desfigurando el papel del lector-niño o lector-adolescente, porque no podemos seguir adjudicándole el de tomar del libro las respuestas que su propia existencia le reclama, sino el de plantearse las preguntas que la historia leída le provoca y acometer entonces la búsqueda de las respuestas en la vida. Por ese camino puede encontrar o no las respuestas a sus preguntas existenciales, pero desde luego, cada vez será más capaz de

analizar la realidad. Primero en el mundo ficcional, mas no creo que el mundo de la ficción literaria sea capaz de proponer preguntas distintas de aquéllas que pretende responderse el individuo sobre su propia realidad existencial.

Seguramente os estaréis preguntando: ¿todo esto en la LIJ? ¿No hay un choque psicológico entre todo lo dicho y la escasa consciencia de sí mismo que tiene el niño antes de la adolescencia?

Pues no, no creo que haya ningún choque, porque por encima de todo está la historia que se cuenta, la literatura. Lo que quiero decir es que la obra debe ser una invitación a compartir una experiencia literaria, por consiguiente ya no puede ser un discurso cerrado sobre el mundo para que los niños vayan obteniendo las respuestas, sino que habrá de contener todas mis dudas y suposiciones que serán contrastadas y completadas con las dudas y suposiciones del lector. Si a lo largo de la vida se nos revela algún atisbo de conocimiento, antes lo hará navegando entre da duda y la interrogación de lo que podría hacerlo desde la respuesta encontrada, desde la resolución que se da a un problema todavía no planteado.

Existe literatura allí donde aparece una formulación de preguntas que se dirige a la experiencia y se realiza por medio de esa forma de la propia experiencia que es el lenguaje (incluso las preguntas que se hacen allá en lo más íntimo del pensamiento son preguntas formuladas en palabras). Por ahí la literatura se abre al conocimiento, se hace análisis sobre lo experimentado y se hace interrogación. Lo literario es antes interrogativo que concluyente, como la vida, que también tiende a ser interrogativa.

Es en el equilibrio, en el difícil equilibrio entre esa obra que propone más preguntas que respuestas y la etapa madurativa del niño, donde se encuentran las mayores dificultades de este oficio. De la misma forma que la obra gana espesor literario cuando se sabe establecer el justo equilibrio entro lo explícito y lo implícito en el texto.

Es en el terreno resbaladizo de la adecuación donde la obra se hace o no infantil. Es ahí mismo donde se malogran muchas obras que se hacen artificiales, ñoñas, simples, evidentes o didactistas. Es muy cierto que la obra infantil no debe plantear situaciones que suman al niño en la inquietud y en la zozobra, pero esto no quiere decir que la obra no pueda ser mucho más abierta de lo que lo es la LIJ que hoy encontramos en las librerías.

Todo lo anterior no puede hacernos olvidar la necesaria reflexión sobre uno de los papeles fundamentales que están encomendados a la LJ, aquél que le otorga la función

de iniciación a la experiencia literaria, la de esos textos que permiten una “incorporación de los niños y adolescentes al uso poético de la palabra”, como dice Teresa Colomer. Y uno de los caminos de comienzo de esta incorporación al mundo literario es el de aprovechar “uno de los elementos asociados al lenguaje literario, su capacidad de evocación y connotación a través del uso de imágenes y símbolos”, y estoy citando de nuevo a Teresa Colomer.

El lenguaje con el que se cuenta una historia es el único instrumento literario para la creación de esas imágenes y de esos símbolos, si este lenguaje se reduce y se debilita, si desaparece de él la capacidad metafórica y simbólica, si nos dejamos ir por esa pendiente por la que caen algunas de las obras actuales, éstas en las que la esencia evocadora del lenguaje literario es sustituida por oraciones simples que informan del personaje y de lo que sucede alrededor de él, al estilo de la narración de origen fílmica o electrónica, bajo el pretexto de que los niños y los adolescentes, acostumbrados al lenguaje visual, se habrán de acercar más fácilmente al texto, porque entonces estaremos haciendo una LIJ inútil e innecesaria, que es lo peor que se puede decir de una obra que aspira a ser artística. Pretender que un lenguaje ramplón y coloquial, un vocabulario raquítrico y una lectura unívoca van a facilitar el acercamiento a la obra, es una falsedad cuando no una disculpa para colar por literatura lo que no lo es. Huir constantemente de toda complejidad literaria no es más que abundar en el descrédito del esfuerzo, algo que se está apoderando de todas las actividades dirigidas a la infancia.

Tópicos extendidos y ya afianzados, atados a criterios comerciales absolutamente erróneos, como el de la simplificación del léxico, o el de la reducción de la descripción, el de primar la presencia clara del argumento, el de evidenciar y explicitar los mensajes de la narración, son los caminos que distancian a la actual LIJ de su vocación de ayudar, durante esta etapa de la vida, a construir una experiencia literaria. Dando a cambio una “pobreza literaria” que cabalga a lomos de su correspondiente “explicación pedagógica”, la cual afirma que si los mundos representados son absolutamente superponibles con los “reales”, con los de la vida cotidiana de los destinatarios del texto, si los personajes, las situaciones, los conflictos y el lenguaje son los mismos que suceden a diario en la vida de los lectores, el proceso de proyección será eficaz de inmediato.

Pero es que, además, esa ausencia de ambición literaria hace decaer la presencia de imágenes y de símbolos, la posibilidad de una lectura abierta y de interpretación personal, para cambiarla por otra cosa nacida de la creencia de una

efectividad inexistente, según la cual la exposición directa y clara de las situaciones, de las elecciones conductuales de los personajes en obras hechas sólo para transportar una propuesta de conducta y una orientación moral directa, va a producir más y mejores lectores.

En nuestra memoria están presentes obras literarias que hemos leído hace mucho tiempo, pero esta presencia no es la de la totalidad de su argumento, sino más bien un sentimiento que se relaciona con el interés que nos produjo, o lo mucho que nos conmovió en el momento de la lectura. Su persistencia en nuestra memoria se debe más que a ninguna otra cosa a su tono literario, a la atmósfera que creaba, a la fuerza con la que se gravaban en nuestra memoria escenas e imágenes contenidas en la narración. Su capacidad metafórica y simbólica, y no la simpleza de su argumento o la cotidianeidad de su lenguaje, se convirtieron en elemento fundamental para pasar a formar parte de lo que tenemos por memorable. Aún hoy sigo asociando cualquier escucha inadvertida a alguien que se oculta dentro de un barril de manzanas. Como seguramente ya viviré siempre con la metáfora del peso del alma, al haber tenido conocimiento literario de que justo después del último suspiro nuestro cuerpo se aligera en veintidós gramos.

Así nos hicimos lectores y escritores, porque es la ficción la que nos permite comprender la realidad, porque la complementa, porque la mecha de tiras de realidad imaginaria que la hacen abarcable y comprensible. El ser humano no puede vivir sin ficción, sin aquella parte de la realidad que es cambiante, que muda a cada paso, a cada vuelta de esa otra narración que es la vida. Esa especie de composición plástica hecha de imágenes literarias, es el efecto de la literatura en nuestras almas y es también la más grande posibilidad que tiene el ser humano de explicar y de comprender el grandísimo misterio de la vida echando mano de la mejor metáfora de esa explicación y de esa comprensión que es la fantasía.

La fuerza de esas imágenes y de esos símbolos es también lo que hace que permanezcan generación tras generación las más memorables historias, lo que hace que se repitan, que se imiten, que se reutilicen y se reescriban, que contribuyan a hacerse mitos, que tengan vocación de formar parte de una concepción del mundo.

De ahí sí que podremos pensar en una LIJ que se sitúe cada vez en los lindes de todos los géneros habidos y por haber, para así poder llenarse de ecos literarios que resuenen en el tiempo y en el lugar en donde habiten sus referencias literarias. Así la LIJ será ese

gran contenedor de obras, porque cada obra literaria está llena de otras muchas obras en un continuum, en una llamada de eternidad e infinitud.